

El día que se acabaron los cigarrillos (y otros relatos)

Giuliana Costarelli

Giuliana Costarelli

*El día que se acabaron
los cigarrillos*

(y otros relatos)

Capítulo 1

El día que se acabaron los cigarrillos

-¿Tenés un cigarrillo?- preguntó Dani, por civismo únicamente, porque lo veía fumar.

El pucho, como le decían ellos; esa cosa fina, del tamaño de un meñique, de olor acaramelado, embriagador. La droga perfecta, la más adecuada, la más exquisita para caballeros, como él.

Era el día treinta y cuatro, de seiscientos. La más injusta de las sentencias, para el más justo de los hombres. Abogacía; recibido de abogado, casi un amo de la justicia, un hombre de lo más educado, castigado por un delito menor, rodeado de cavernícolas, a los que había jurado encerrar.

-No- respondió el hombre, y se llevó el cigarrillo a los labios.

Sintió el calor en la garganta, como si fuera él el que fumaba, como si fuera él el afortunado; el dueño del oro en polvo, el empoderado del penal. El que podía tenerlos a todos de esclavos si el deseo simplemente se le cruzaba por la cabeza.

Como el dedo índice de un rey, él tenía una caja de cigarrillos.

-Tenés varios, dame uno, por favor. Hace una semana no pruebo nada- empezaba a sentir los nervios, sentía que la voz le temblaba casi tanto como las manos, y las manos se le empapaban casi tanto como la frente. El hombre no respondió, ya había fumado la mitad del cigarrillo. Le sopló el humo en la cara y Dani lo inhaló como si fuera aire limpio de un campo.

-¿Qué pasó? ¿No le traen puchos al letrado?- rio, como rio seguramente algún rey malicioso.

-Sabés que hace dos semanas no hay, dame uno- el hombre empezó a negar nuevamente con la cabeza- yo te puedo sacar de acá- mintió.

-Flaco, te dije que no.

-¿Me das un pucho?- dijo otro hombre, acercándose a la escena. Tenía la piel tan oscura como los ojos, profundos, encerrados.

El cigarrillo, ese artefacto diminuto, de uso sencillo, que posiciona a todo el mundo en el mismo nivel. El pucho sobre toda diferencia social, todos los fumadores en el mismo escalón, todos la misma cosa.

Amigos del tabaco, esclavos de la nicotina. En una lucha constante entre el deseo de fumar, y el deseo de vivir.

Y así es, adornan sus pulmones con flores de cáncer y tumores de brillantina. Ingresan a su cuerpo esa droga lenta, infinita, que mata con cautela.

-E' dame un pucho, por favor- otro hombre se acercó, El Petiso, juntando ambas manos al frente, como rezando- dale, dame un pucho. Dame un pucho, dale.

Apareció otro hombre, esta vez gordo y alto, sobresalía muy por encima del círculo que se empezaba a formar alrededor del fumador, que prendía otro cigarrillo con la última calada del anterior. En la caja quedaban cuatro.

-Dame uno- exigió, tenía los brazos del grosor de una biblia, a diferencia de Dani, que tenía lo mismo de alto, pero la mitad de lo gordo. El fumador negó, sonriendo- te puedo llegar a cagar a trompadas, pensalo bien- el hombre no parecía reaccionar a la amenaza, miró arriba, soltando el humo por la boca, para que todos vieran cuánto lo disfrutaba.

-E', dame una seca al menos- dijo el petiso, y le mostró el encendedor escondido en el bolsillo, enseguida desapareció de un manotazo- e' ¿qué hacía?- dijo, pero el autor del crimen era anónimo.

-Te puedo dar plata- ya se había formado un buen círculo de gente alrededor del fumador, no se hubiera sabido quién de todos hablaba de no ser por los rulos del color del fuego que sobresalían del montón- trescientos, quinientos, mil pesos si querés, dame uno, necesito fumar- El Pirulo parecía dispuesto a arrodillarse, con sus ciento quince kilos y su metro noventa, podría haberlo matado de un manotazo.

-Ya te vas a acordar de mí- dijo el primer hombre, El Negro, como le decían contra su voluntad. Se alejó de la escena, todavía conservando su civilización.

Las manos le temblaban cada vez más, necesitaba el cigarrillo, observó con angustia como prendía otro, dejando un trío solitario en la caja. Se acordó de su primer cigarrillo.

A los trece años, una edad muy temprana para empezar a fumar, pero eran otros tiempos, decía Dani, siempre que escuchaba la frase. Hasta el momento, el pucho era el causante de todos sus problemas. Del hambre

que pasó en la secundaria, de lo tarde que se había recibido de la facultad, de su encierro en aquel lugar, consecuencia de ese hurto, y ahora, causante de su malestar; que todavía no sabía definir como físico o psicológico, probablemente ambos.

Necesitaba fumar.

-Te lo pido por favor- se arrodilló, dejando todo su orgullo de abogado en el piso- aunque sea dame una seca- se sintió a punto de llorar, no hubiera sido raro que se le escapara alguna lágrima. Pero no se puede llorar en un penal; sólo fumar.

Y él verdaderamente necesitaba fumar.

-No regalo, no comparto y tampoco vendo- dio como respuesta el fumador, mirándolo de arriba, con una mezcla de asco y satisfacción. Dio una larga calada al cigarrillo y cerró los ojos, embriagándose de ese poder adquirido.

-Dame una seca, guacho, me conocen todos acá, te conviene- dijo El Petiso, confiando plenamente en su carisma. El fumador ya no se tomó la molestia de responder.

-Me van a traer guita el martes- El Pirulo parecía considerar arrodillarse también- mis viejos nadan en plata, te doy lo que quieras.

-Me traen el jueves, te juro que te lo devuelvo, te lo duplico, si querés- dijo una voz entre la multitud, alguien que Dani no conocía.

Se sintió mareado, capaz por el humo, por la necesidad o por la rabia. Se odió por depender de un cilindro de papel.

Pero necesitaba fumar.

Como un corazón, el cigarrillo es la fuerza vital de un fumador, lo que irónicamente, lo lleva a la paradoja de que no vive a causa del mismo. Es casi gracioso entonces, que lo único que los mantiene vivos sea, en ese particular caso, lo que lentamente los mata.

-Dame los puchos- dijo El Gordo, empezando a mostrar lo violentas que pueden ponerse las personas con abstinencia, se apretó los puños y le crujieron los huesos.

La mitad del penal se había acercado al fumador, ofreciendo de todo a cambio del homicida de pulmones.

Y es que esa es la cosa con los cigarrillos, matan lento, pero no hay fumador discreto, como mata lento y sin discreción un disparo en la

pierna.

-No te doy un carajo- El primer golpe voló, a la cara del fumador, cuyo cuarto de cigarrillo salió volando, seguramente quemando a alguien, desapareciendo entre la gente; que empezaba a golpearse para ver quien ligaba el pucho.

El Gordo dio otro golpe y como por arte de magia la cajita desapareció. Se miraron entre todos, Dani se levantó del piso. Una colilla anaranjada aterrizó a su lado, El Petiso le sonrió.

Todos miraban al pelirrojo, que no parecía notar que el rectángulo de cartón se le veía por el bolsillo. El Negro se le acercó, igual que el resto. El círculo se reformó a su alrededor.

-Dame los puchos, Pirulo, no te conviene- levantaba las manos en señal de paz, aunque era sabido que iba a correr en cuanto la cajita le tocara las manos.

-Acercate que te bajo de una trompada- respondió y sacó la cajita del bolsillo. Se llevó uno a la boca y se llevó la mano al otro bolsillo, sacó el encendedor del Petiso. Prendió el cigarrillo.

Necesitaba fumar, debe ser de ahí que sacó el valor para cachetearle la mano, la cajita voló, igual que los dos puchos de adentro, cayeron trágicamente al piso y parte del tabaco de dentro se desparramó.

El mundo dejó de existir por un momento, dejó de ver al Gordo, que golpeaba al Pirulo para sacarle el encendedor, y se encontró a los manotazos entre el montón de gente que se tiraba al piso atrás de los cigarrillos.

Uno desapareció enseguida, escuchó la ruedita del encendedor girar y sintió el humo perseguirlo como una serpiente, El Negro dio una calada, y otra, y otra más, antes de recibir un golpe en el estómago.

Miró con atención cómo el cigarrillo iba pasando de mano en mano, igual que el encendedor, cómo de la nada aparecían cucharas y cepillos de dientes.

La parte blanca de ambos cigarrillos desapareció, quedaba un último cigarrillo. Y él necesitaba fumar.

El pirulo golpeaba sin problemas al que se acercara, quedaba una fina línea blanca, una única raya de ese exquisito cáncer, que él necesitaba fumar.

Lo pateó entre las piernas y agarró el cigarrillo, sonrió triunfal y se lo llevó a los labios, aspiró la última calada como si fuera agua en un desierto pero no la sintió bajar por la garganta y llegar a los pulmones.

No sintió el alivio de la nicotina, ni la calma del tabaco, no sintió el calor del humo, sólo el abrazo de la muerte, esta vez, más cerca que nunca.

Sintió el dolor en el abdomen, el cigarrillo le desapareció de los labios, el humo se le salía de la boca, igual que la sangre del cuerpo. Miró abajo, donde la cuchara afilada con esmero había sido clavada. Cayó de espaldas.

Ya no necesitaba fumar.

Capítulo 2

Francisca

Se halló frente al cuerpo, vio la vida escapársele de los ojos mientras a ella se le escapaba el aire de los pulmones, tendría que haber llorado, era lo que correspondía, pero no podía, no le salía.

-Francisca- dijo con un simple hilo por voz- Francisca- se acercó a la cama y se arrodilló al lado de ella, agarrándole la cara con la mano, apretándole los cachetes, obligándola a verla a los ojos, aunque en los ojos ya no había vida- Francisca, Fran, Fran, despertate- la sacudió, la sangre seguía saliendo por los costados del cuchillo, clavado en el abdomen de la joven.

Se levantó, mirando el cuerpo desde lejos, tratando de asimilarlo todo.

-La maté-pensó.- La maté yo, la maté- se llevó las manos a la cabeza, tapándose los ojos, las lágrimas aparecieron y la sorprendieron, como sorprende el sonido de un escopetazo- Acabo de matar a Francisca- repitió, todavía sin creerlo, incapaz de asimilarlo, ahogándose en la esperanza de que todo fuera un sueño.

Francisca siempre había sido la hija favorita, fue la favorita desde el minuto uno, cuando salió del vientre de su madre, apenas quince minutos después que ella, y la bajaron de sus brazos para cargarla a ella. Martina por supuesto no se acordaba, pero de algún modo lo sabía.

Francisca, la melliza favorita, la que había elegido el color de la pieza en la que dormían las dos, a la que le servían el primer pedazo de torta en los cumpleaños, a la que despertaban última a la mañana para ir al colegio y a la que felicitaban por cada buena nota de la escuela.

Francisca, la que había heredado el carácter de su madre, Francisca la linda, la carismática, la inteligente y la creativa. Francisca, la que cocinaba postres y pintaba cuadros, la que había aprendido a tocar el piano, la que iba a estudiar medicina, el orgullo de la familia.

Y después Martina, que era novecientos segundos más grande, y novecientas veces peor. Martina, la que había madurado más lento, la que necesitaba ayuda con la tarea, a la que se le enredaba el pelo todos los días. Martina la que se enfermaba todos los meses, la que en primavera vivía con la nariz roja por las alergias, la que nunca tenía novio, y la que seguramente no iba a tener.

Igual la quería, a Francisca, la quería muchísimo. La quería cuando le pasaba la tarea de matemáticas y la quería cuando le cepillaba el pelo a la noche, la quería cuando con toda la paciencia del mundo, la sentaba y le

enseñaba una cancioncita fácil en el piano. A Francisca la quería, igual que la querían todos.

Y seguro Francisca la quería a ella también, la quería por contrato, ese contrato implícito que tienen las familias que consiste en amarse mutuamente, aunque en el fondo se odian.

Se querían, aunque no se lo decían nunca, a veces Martina lo demostraba dejándose maquillar, y a veces Francisca lo demostraba faltando a un cumpleaños al que a ella no habían invitado.

De chicas se peleaban seguido, casi todos los días, salvo los miércoles, cuando Francisca tenía actividades todo el día, y llegaba a la casa directo a dormir. Por eso, para Martina, los miércoles eran los mejores días de la semana. Los domingos casi nunca se peleaban tampoco, porque los domingos se iba a la Iglesia, y sentían que si ese día se peleaban, el pedacito de pan que les había dado el cura para comer, las iba a quemar por dentro.

De adultas se siguieron peleando, un poco menos, y por cosas distintas. Se pelearon cuando se murió la abuela y le heredó los muebles a Francisca, se pelearon en cada comida de navidad y en cada brindis de año nuevo. Se pelearon cuando a Francisca le dieron su diploma en Medicina, cuando forzosamente posaron para la foto y se abrazaron, con alegría y resentimiento reprimido.

Esa era su última pelea, en el mismo lugar donde había sido la primera. La miró, muerta, tapada de rojo, con la ropa pegada al cuerpo y los ojos mirando al techo, abiertos y vidriosos, como los de Martina, llenos de lágrimas.

Cerró los ojos, obligándose a revivir el suceso en su mente, torturándose, porque sintió que lo merecía.

Estaban cocinando, bueno, cocinaba Francisca, y Martina cortaba la cebolla. Francisca sonreía, Martina también, pero con menor autenticidad.

-¿Vas a ser la madrina?- dijo mientras revolvía en la cacerola. Martina amplió la sonrisa, capaz sobreactuando.

-Sí, si vos querés, sí- le miró la panza con desagrado, todavía no había crecido.

-Acompañame a la pieza- dijo mirando al comedor, donde el resto de la familia celebraba el embarazo de la hija preferida, apagó la hornalla y le agarró la mano, Martina no alcanzó a dejar el cuchillo en la mesada y ya

estaban corriendo por la escalera.

Entraron a la pieza, que todavía seguía rosa, como le gustaba a Francisca, las dos camas estaban enfrentadas, bien tendidas, con los peluches acomodados.

-¿Te acordás de cómo nos peleábamos por esa muñeca de trapo?- Martina sonrió sin ganas, a modo de respuesta- Mamá te tuvo que hacer una igual porque no dejabas de llorar- agarró las dos muñecas, que descansaban cada una en su cama.

-Te tengo que contar algo- sonreía mucho. No esperó su aprobación para contarle el secreto- Son mellizas.

No supo bien porqué, a lo mejor fue un impulso, a lo mejor eran las ganas reprimidas hacía años, a lo mejor fue porque previó que a uno de esos chicos le iba a pasar lo mismo que a ella. No lo supo, ni lo entendió, simplemente, como si su mano se moviera sola, le clavó el cuchillo en el abdomen, y Francisca cayó de espaldas en la cama.

Capítulo 3

Gestos obscenos

-Que te lo pague Dios, gordito- dijo el chico y se apuró a salir del auto.

-Pero- empezó a decir el taxista, el chico ya estaba afuera corriendo, otro hombre subió al taxi pero él lo ignoró. Sacó la cabeza por la ventana, gritando.

-Te voy a cagar a palos, pendejo de mierda, te voy a hacer re cagar- el chico ya se había adelantado media cuadra y le levantaba el dedo del medio sin girar la cabeza- te voy a atar, hijo de puta- juró que se vengaría el taxista, y comenzó a seguirlo.

-Justo Daract al quinientos- dijo el hombre en el asiento de atrás, ajeno a los gritos, acostumbrado a la locura del gran Buenos Aires.

El taxista clavó los frenos y pasó el brazo por el espacio entre la puerta y el asiento hasta la manija, abrió.

-Bajate- el hombre empezó a protestar- bajate porque te estampo la cabeza contra el cordón- salió del auto y ya en la seguridad de la vereda el hombre le sacó los dedos del medio de ambas manos.

Lo veía caminando a casi una cuadra de diferencia, sin adelantarse nunca, tocando bocinazos y gritando puteadas en cada esquina.

En Vicente López casi lo perdió cuando un limpiavidrios se le cruzó en frente, ofreciendo sus servicios mostrándole un trapito.

-Correte, negro de mierda ¿No ves que está limpio?

-Gordo forro, racista hijo de puta- alcanzó a decir antes de que el auto acelerara.

-Sobamelá- respondió haciendo una especie de O con la mano y moviéndola de arriba abajo por fuera de la ventana. El chico estaba como a treinta metros, a punto de cruzar la calle.

Aceleró con el semáforo en amarillo, casi pisándole el pie a una mujer.

-Bajá un cambio, animal- ella y la chica a su lado estaban indignadas; como respuesta se asomó por la ventana, se llevó los dedos al costado de

la boca, formando una V y sacó la lengua.

-Pito corto- gritó una a la vez que la otra le gritaba "desubicado", él no hizo más que sonreír y acelerar.

El chico lo vio y le cambió la cara, se le borró la sonrisa de satisfacción y empezó a tocar los timbres del edificio de al lado desesperado. Él ya había parado en doble fila y se había bajado del auto atrás suyo.

-¿Quién eeeeees?- dijo la voz de una mujer desde el aparato del edificio.

-Abrime por favor, que me quieren pegar- hubo un silencio de un par de segundos que parecieron horas y respondió.

-Vos me debés querer robar- detrás suyo se escuchaban las puteadas y los bocinazos al taxi mal estacionado, que paraba la mitad del tránsito.

El taxista ya estaba ahí y tardó menos de un minuto en tirarlo al piso a golpes.

-Ahora que te lo cure Dios, hijo de puta- dijo mirándolo de arriba. El chico tenía un ojo inflamado, el labio partido y la nariz le sangraba. Corrió al auto y aceleró, rozó los espejos y cruzó en rojo tres semáforos, ignorando cada bocinazo que le tocaban y cada insulto que le gritaban.

Al cuarto, cuando ya le empezaban a doler los nudillos y se empezaba a sentir ajeno a las consecuencias, cuando se empezó a calmar y a respirar profundo, fue cuando empezó a reír, soltando carcajadas como un desquiciado. Y fue ahí, justo en ese instante, cuando uno lleva la cabeza atrás y cierra los ojos un momento, un pequeñísimo momento.

Fue en ese microsegundo de ceguera, cuando se cruzó la nena.

Capítulo 4

Camisa de leñador

La despertó el sonido de las ramas de los árboles, que se rozaban y se golpeaban entre sí, anunciando nuevamente la llegada del viento.

Llevaba recluida en la cabaña seis meses, todavía sin avances y sin indicios de que eso fuera a cambiar. Caminó directamente hasta el escritorio, sin pasar por el baño o por la cocina, se sentó frente a la pila de papeles escritos y tachados, que se suponía sería el libro.

Se llevó ambas manos a la cara, frotándose los ojos, estaba harta, harta de escribir, harta de pensar, harta de fallarle a la chica de doce años a la que le había prometido ese best seller, harta de fallarse.

La novela sería un fracaso, y cuando volviera, después de seis meses como le había prometido a la editora, con un libro sin final, ella sería un fracaso también.

Miró por la ventana, donde el denso enredo de ramas no permitía el mínimo paso de la luz, o del calor.

La verdad que Tierra del fuego era un lugar espantoso, una provincia que no le había dado la menor inspiración.

-Al final me iba a La Pampa y me iba mejor- se dijo y se rio, sola, como todos los días de los últimos tres meses, cuando la soledad la amenazó con volverla loca- parece ser, Cecilia, que resultaste ser una mediocre-comentó, mirándose en el reflejo de la ventana. El comentario la hirió, y ahora era ella únicamente, la que podía herirse.

Miró el calendario, pegado en la pared, encima de la cama, que marcaba una fila de equis rojas, como una línea infinita de tumbas en un cementerio de números. Terminaba en el veintiuno de julio, el día del regreso.

Puso la valija arriba de la cama y empezó a meter la ropa, sin doblarla porque sintió que una escritora mediocre merecía tener ropa arrugada. Agarró la botella de espumante, estaba liviana, pero no le extrañó, la miró con odio, con el odio que mira alguien que no puede festejar el final de una novela porque no existe.

La botella se cayó y rodó debajo de la cama, escuchó el tintineo del choque de los vidrios contra las otras botellas. Maldijo con los dientes

apretados y se arrodilló, enseguida se olvidó de la botella, se quedó mirando la prenda, manchada y arrugada, llena de polvo, abandonada como había quedado su creatividad, en algún rincón de su mente.

Agarró la camisa con las dos manos, y le sacudió la tierra. No era suya, era una camisa de leñador con manchas de lavandina por todas partes, volvió debajo de la cama donde las cinco botellas vacías relucían con el reflejo del velador, mostrando, cada vez que se movía, brillitos como estrellas que nacían en el vidrio. Al lado descansaba una pila de papeles manchados y borroneados, llenos de tachones, testigos del trabajo de la prosa, similares a los que tenía sobre el escritorio, un cuento.

La letra era suya, pero el recuerdo del relato no se encontraba en su cabeza, "camisa de leñador" rezaba el título, leyó en voz alta:

-Cecilia encontró una camisa de leñador debajo de la cama- le pareció un mal comienzo para un cuento, pero no lo dijo, siguió leyendo en voz baja porque no le parecía lo suficientemente digno como para que llevara su voz.

Cecilia encontró una camisa de leñador, se asustó porque se encontraba sola y salió de la casa, buscando al dueño.

No tenía en claro porqué, pero salió de la casa, igual que la Cecilia del cuento. Afuera el viento parecía congelado y le golpeaba el pecho como con un martillo. Siguió leyendo.

Cecilia miró el piso, en el que no había huellas.

Y efectivamente, en el piso no había huellas.

Cecilia caminó, dejando los zapatos marcados en el barro, contó veinte árboles, treinta y seis ramas y cuarenta y dos piedras.

Fue casi trotando, porque el frío se le escurría por los tobillos. Siguió el sendero, que la llevó a donde los árboles eran cada vez más grandes y los ruidos más pequeños.

Cecilia tenía miedo, porque pensó que la iban a matar.

Y la idea de que pudiera ser una trampa la golpeó con un cascote, sintió como si alguien le apretara los pulmones para que no pudiera respirar plenamente.

Cecilia miraba a la izquierda y miraba a la derecha, pero no miraba arriba, ni miraba abajo.

Pero ella sí miró arriba y miró abajo, porque capaz a la Cecilia ficticia la mataban, y eso a ella no le podía pasar. No había nada ni a la izquierda ni a la derecha, ni arriba ni abajo tampoco.

Cecilia escuchó la sierra.

Pero ella no escuchó nada.

Cecilia escuchaba la sierra cada vez más cerca, y el corazón le latía cada vez más rápido.

Y para ella la primera era mentira, pero la segunda no tanto.

Cecilia escuchó la sierra parar y vio al leñador.

Ella no vio ni escuchó nada, lo único que perturbaba el silencio abrumador era la palpitación de su corazón y la agitación de sus pulmones, que le reclamaban huir del peligro.

El leñador la miró, y Cecilia miró al leñador y ambos se miraron por un rato. Los dos sorprendidos de la presencia del otro.

Leía rápido, apurada, saltándose una palabra de vez en cuando.

Cecilia lo llamó sin decir una palabra, el leñador se acercó sigiloso. Cecilia lo invitó a tomar algo, y él, dudoso, aceptó.

Sintió una rama romperse debajo del peso de su pie, y lo tomó como una señal de que tenía que volver, como la Cecilia ficticia y el leñador.

Cecilia invitó al leñador a pasar y sirvió el alcohol en dos copas.

Se acordó del ruido de la botella al rodar debajo de la cama.

Cecilia se sentía dormida, y el leñador también. Cecilia le contó de su libro y el leñador le contó de su sierra.

Se arrodilló a los pies de la cama, y vio las botellas vacías, enfrente de todas, como un trofeo importante, se hallaba el espumoso, vacío.

Cecilia le vio los ojos al leñador, pensando en el final de la novela.

Ella seguía pensando en la botella vacía, en que hacía minutos le había parecido verla llena, pensó en su decepción por no poder abrirla cuando terminara la novela.

Cecilia lo invitó al baño, y el leñador aceptó con gusto.

Caminó al baño, tambaleándose y sintiéndose pesada, tanteó la pared con los dedos, pero sin encontrar el interruptor.

Cecilia lo arrodilló en frente de la ducha, y Cecilia le sacó la camisa, los ojos del leñador se cerraban por culpa del alcohol.

Frunció la nariz en la oscuridad y el ojo izquierdo amenazó mojarle la cara.

Cecilia le contó que ahí se depilaba, pero que como estaba sola, no lo hacía muy seguido.

Tuvo miedo de prender la luz, dudó si era lo correcto, temió lo que pudiera encontrar, temió pensar en lo que había pensado Cecilia.

Cecilia le dijo que usaba cuchilla porque podía salir a comprar repuestos para las maquinillas de afeitar.

Previó el final, y la amenaza del ojo izquierdo se volvió real. Apretó el interruptor.

Cecilia le dijo que tenía el final para el libro, y Cecilia le cortó el cuello.

El baño se iluminó, como por una luz divina, el piso estaba mojado y pegajoso, frunció la nariz al sentir el olor del espumoso dispersado por toda la habitación, como un perfume dulzón, un perfume de miedo, y ahora, un perfume de alivio.

Capítulo 5

Gestos

Cada uno canaliza la ira como cree que más le conviene, dependerá de muchos factores, me imagino. Yo, a lo mejor porque soy de piscis, o porque soy la hija del medio, lo hago de manera pacífica, cocinando, llorando, escribiendo o guardándolo en un papel imaginario para usarlo cuando me colme el rencor.

Él en cambio siempre fue escandaloso, por ser hombre, por ser el hijo más chico o por ser de géminis, no lo sé; pero siempre tuvo esas reacciones explosivas y exageradas.

Mi hermano es una persona transparente, fácil de leer. Siempre que se enoja hace la misma cara: frunce la nariz hasta más no poder y baja las cejas hasta que se le forma una línea en medio. A veces, cuando el enojo se le mezcla con ganas de llorar, también se pone rojo y cierra los puños.

Es una respuesta ridículamente exagerada, diría cualquiera que no lo conozca. Podríamos decir que es consecuencia de tantos dibujitos en español neutro con facciones deformes y reacciones extremadas. O podemos decir que los músculos de su cara le juegan una mala pasada.

El gesto se repite cada vez que alguien lo hace enojar, por más mínima que sea la molestia. Llegó un punto en que lo molestaban a propósito, simplemente para disfrutar del acto.

Como esa vez, en que estábamos todos cenando, apurados porque ya queríamos comer el postre, y él se levantó para ir al baño y cuando volvió se encontró con que ya no había postre. No dijo palabra, lo miramos todos con atención mientras el espacio entre sus cejas se volvía cada vez más chico, hasta volverse casi invisible, y en la nariz se le formaban tantas líneas que se transformaba de un niño de diez años a un hombre de ochenta. Esa vez el gesto se acompañó de un grito, llanto y puños cerrados.

El enojo fue tal, que la cara no desapareció ni cuando lo fueron a buscar a la pieza, donde la almohada ya estaba mojada de tanto llorar, para decirle que había sido una broma, y que el postre estaba guardado.

También hubo otra vez, en que un perro le saltó y le dejó marcada una pata en el pantalón y él hizo el famoso gesto de nuevo, solo que en vez de llorar, como cualquiera esperaría que hiciera un chico, apretó los dientes y empezó a gritar. El perro ligó tres patadas y un golpe, que de seguro no le

afectaron mucho, proviniendo de alguien que no llegaba al metro y medio, o a los cuarenta kilos.

A nadie se le ocurrió que la reacción no era normal, nadie nunca pensó en llevarlo con un psicólogo. Como con casi todo, se creía que se iba a curar con el tiempo, pero el tiempo no curó nada.

Con el primer seis, en la secundaria, volvió a hacer el gesto. Solo que frente a treinta personas más, que encontraban cualquier excusa para burlarse de alguien.

Lo repetía en cualquier partido de fútbol, si la pelota pasaba la línea blanca, si alguien erraba un pase o si pateaban mal un penal, el gesto se repetía, a veces solo, a veces acompañado de un golpe a la mesa o un grito.

La última vez que lo vi hacer el gesto fue ya hace bastante tiempo, antes de todo. Solo que esa vez el gesto no era hacia mí, ni hacia algún perro, esa vez el gesto fue hacia el mesero al que se le cayó la gaseosa encima y le manchó una remera blanca. Ese día repitió el gesto tres veces, el récord, cuando la gaseosa le tocó la piel, cuando se le tiró encima al mesero, y cuando lo dejó sangrando en el piso.

La cara se le congeló en ese gesto de enojo por casi quince minutos, todos lo mirábamos con espanto, cuando lo alcanzaba la luz azul de la ambulancia o la roja de la policía.

Después no lo vi más, pero estoy segura de que cuando le pidieron que levantara las manos lo volvió a hacer.

Capítulo 6

Mi primer beso

Cuando di mi primer beso estaba acostada. No era una cama, sólo un colchón en el piso.

Era de noche, me acuerdo bien porque vivíamos cerca de la costa y las olas se escuchaban fuertísimo. El mar está mojado, recuerdo que pensé.

Yo también estaba mojada, por todos lados, excepto donde tenía que estar. En el pecho estaba transpirada, y cada vez que me rozaba una correntada de aire sentía frío, como cuando me metía al mar helado y me pegaba una ola grande.

La cara la tenía mojada de lágrimas, estaba hinchada y congestionada, y cuando intentaba respirar por la nariz, se me taponaba todavía más, como la primera vez que metí la cabeza abajo del agua.

Las piernas también las tenía mojadas, pero prefería no saber de qué. Era una humedad tibia, típica de los fluidos que salen de dentro del cuerpo. Aquella humedad sería, seguramente, una mezcla de sangre y semen, común en casos como ese, de relaciones no consentidas, a edades no recomendadas.

El agua es muy salada, es casi imposible no tragar un poco cuando hay viento y el mar se agita. El mar también está mojado, me repetí, ¿Tendrá frío?

Cuando uno está lastimado, como cuando se corta el dedo con un cuchillo, o se raspa la rodilla con el asfalto o lo muerde un perro; no está recomendado entrar al agua, porque la sal duele, y duele mucho.

El beso también fue mojado, y salado también. Así como son salados los besos de verano, o los besos después de hacer ejercicio, cuando el sudor se mezcla con la saliva.

Así que ahí estaba, salada y mojada, igual que el mar. Pensé que el mar daba vida, y que a lo mejor yo daría vida también, aunque la idea me revolvió la panza, como cuando me revolcaba una ola.

También pensé que el mar siempre está sucio y me miré las piernas.

El mar está lleno de basura. De plásticos, papeles y forros de látex, que flotan en el agua y después se quedan varados en la costa. Y yo era chica

pero no pelotuda, así que busqué algún indicio de que eso que me habían hecho no me iba a transformar en el océano: una incubadora de vida.

El lugar estaba oscuro, como la parte profunda del agua, donde uno no se puede ver los pies. Yo si me veía los pies, y me veía las piernas, manchadas de rojo y blanco.

Me sentía pegajosa, como cuando me secaba al sol y se me pegaba la sal al cuerpo. Ni esa sensación me gustaba en el mar, ni me gustó en el colchón.

La ropa estaba manchada, toda roja como me ponía yo, cuando no le hacía caso a mi mamá y no usaba protector.

Me vestí igual y salí sin avisar, caminé descalza hasta tocar la arena, que no me quemó, porque era de noche.

El mar estaba oscuro, como me sentía yo en ese momento. Debía tener como trece o catorce años, porque me acuerdo que me pregunté qué edad tendría el mar.

Capítulo 7

Crimen pasional

-Fue un crimen pasional, no queda duda- Dijo Javier viendo el cuerpo de la mujer y la sangre salpicada por todo el piso. No mostraba la menor inquietud ante el cadáver. A su lado, su compañero, mucho más pequeño, en todo sentido en que podía usarse la palabra, se tapaba la boca con un pañuelo, aguantando las náuseas- Matías, comportate.

El chico se enderezó, miró el cadáver con atención, observando las marcas de las diecisiete puñaladas que tenía en el cuerpo, siguiendo la línea invisible que dirigía sus ojos.

-No- se limitó a decir, y como si fuera un experto se arrodilló junto al cuerpo.

-¿No, qué?

-No fue un crimen pasional, claramente- se inclinó sobre la mujer

-Matías, por favor, mira la escena- Él no se movió de donde estaba- Botella de vino vacía, dos copas, víctima semidesnuda, cama destendida, crimen violento, puerta forzada. La chica se vino a ver con alguien y el marido la encontró, fácil. Miró el teléfono, le mostró la bolsita de plástico que dentro tenía el aparato- ocho llamadas perdidas.

-¿Y no habría matado también al otro?

-Se habrá escapado mientras él hacía lo suyo con su mujer- dijo como si nada- o a lo mejor fue el amante el que la mató, cuando vio el celular y se dio cuenta de que era un repuesto.

-¿y se fue? ¿Así nomás?, sin limpiar nada, sin llevarse el cuerpo, sin borrar las llamadas del celular, esto está todo muy armado como para que sea así.

-Fue algo impulsivo, se dio cuenta de lo que hizo y rajó como pudo, a estas alturas ya se debe haber ido a La Pampa.

-No, le dio diecisiete puñaladas, no fue impulsivo, sino hubieran sido dos y ya está. Pero no, la siguió apuñalando después de que falleciera, quería darle diecisiete puñaladas y se las iba a dar viva o muerta-Señaló el cuerpo- Tuvo cuidado de no hacerlas muy cerca para no agrandar ninguna de las heridas, no penetró dos veces el mismo lugar. Tuvo cuidado de

hacerlo bien, esta escena la armaron.

-¿Y por qué diecisiete?

-No sé, eso habrá que preguntárselo al asesino- Javier le estrechó el hombro, en un abrazo incómodo de felicitación.

-Muy bien, Mati, excelente- aplaudió tres veces- pero que buen investigador, todo un Sherlock- él no dijo nada, esperó a que le dijera que había aprobado ese examen, que ya estaba dentro del Cuerpo Policial de Investigación Argentina.

-¿Ahora empezamos con los interrogatorios?- dijo, emocionado.

-No- respondió Javier- porque sino ¿Qué va a investigar el otro candidato?- y como de la nada, sintió el cuchillo entrarle en el abdomen, el dolor le llegó de inmediato y se intensificó con la segunda, a la tercera, cuando el cuchillo llegó a la mitad, ya estaba muerto.

-Fue un crimen pasional, no queda duda- dijo Javier viendo los cadáveres- ella casada, él el amante, el marido los encuentra y los apuñala, simple.

-No- dijo el novato, inclinándose sobre el cuerpo del hombre.

-¿No qué?

-No fue un crimen pasional.

-¿Cómo sabes?

-Ella tiene diecisiete puñaladas, y él dieciocho.

Capítulo 8

Antes de dormir

Se sienta en la mesa con una copa de vino en la mano, se mira el reloj en la muñeca pero sin prestar atención a la hora, simplemente por acostumbramiento. Le da un sorbo al líquido violáceo que ondea tranquilamente en la copa mientras le da vueltas en la mesa.

El gusto del alcohol le recorre la garganta, lo siente bajar, quemando ligeramente, el olor de la uva fermentada le cosquillea las fosas nasales, mira al techo, y se siente cada vez más cerca del limbo que separa la realidad de los sueños.

Por la mente le pasan imágenes fugaces, sin sentido, al azar, mientras inconscientemente elige una para protagonizar su sueño.

Los párpados se empiezan a sentir más pesados, los ojos más secos, empieza a sentir la necesidad de cerrar los ojos, la respiración se le torna más profunda, el aire entra en mayor medida con los primeros bostezos. Le da otro trago a la bebida, esperando que la presencia del alcohol lo espabile pero le sigue otro bostezo.

El cuello se empieza a inclinar a un costado, mientras comienza a perder el control de su cuerpo, se esfuerza por mantenerse despierto pero la fina línea que separa el mundo real del creado por su mente se vuelve cada vez más delgada.

Mantener los ojos abiertos se vuelve una tarea cada vez más difícil, hasta que decide dejar de intentarlo y mantenerlos cerrados. Concentra su mente en los ruidos exteriores para no caer en el sueño, el crepitar de las ramas en el fuego, el tic tac del reloj, su propia respiración, cada vez más lenta y larga. Los sonidos se vuelven cada vez más distantes hasta que finalmente se oye el último; el golpe sordo de la cabeza cayendo sobre la mesa y la copa rompiéndose contra el piso. El ruido amenaza con quitarlo de su sueño pero no lo hace, permanece completamente quieto sobre la mesa, el mundo de los sueños que aparece cuando empezamos a dormir ya es la única presencia en su cabeza.

El pánico se hace presente en segundo plano en su cabeza, se levanta completamente erguido, sin control sobre su cuerpo, sabe inconscientemente lo que va a pasar.

En sueños camina a la cocina, siente los vidrios debajo del pie pero los ignora, la cocina está a oscuras en su sueño, aunque sabe que las luces

están prendidas en la real.

El cajón se abre sin resistencia, aunque sabe que en su cocina nada es sencillo, el cuchillo parece de juguete, pero sabe, que el que está en su mano en el mundo real, no lo es.

Capítulo 9

Capítulo 10

El canto de las sirenas

Nunca se consideró una persona normal, sabía que no lo era, sin embargo nunca dudó de su salud mental. Estaba perfectamente sano, lo sabía, ¿Lo sabía?, Pues claro que sí, lo sabía.

Pero podía equivocarse ¿Verdad?, cualquiera podría equivocarse ¿No es así?, pero él no, claro que no, él no podía equivocarse. No había margen de error, no había lugar para dudas. Todo debía ser perfecto, perfectamente perfecto, milimétricamente perfecto, todo adecuado, en su lugar, como todo debe estar.

Pero, ¿Estaba todo realmente donde tenía que estar? ¿Y si había cometido un error? ¿Qué sería de él si cometía un error? ¡Era su mente lo que estaba en juego! No podía permitir que jugaran con su mente, que lo drogaran y lo encerraran en un cuarto acolchado, porque para él como para casi todo el mundo, de esto se trataba la terapia.

No supo si de eso se trató la terapia, puesto que poco recordaba del asunto, pero algo si sabía, o creía que sabía, que no estaba loco, para nada loco, no existía ni la más mínima posibilidad, o quizá... ¡No! ¡Para nada!

En todo eso pensaba el hombre, se trataban de minutos los que pasaban en la sala de espera del consultorio, pero para él siempre serían horas, días, incluso semanas, las que pasaba rodeado de helechos esperando a que la mujer saliera a decirle que pasara. Así pasa el tiempo para un loco, se decía, olvidando sus anteriores principios. El tiempo es loco, y es más loco para los locos, repetía, la locura es complementaria, los locos siempre nos entendemos, ¿y quién, si no es un loco, podría entender la locura?

La locura es como una sirena, como el canto de la misma. La locura, tan lejana que a su vez nos persigue, que nos canta, nos atrae, nos susurra de tan cerca que sentimos su aliento detrás de la oreja, ¡Ah, la locura! Que cuando se conoce es una cosa horrorosa, que nos hace, que nos

siente.

Y nos pintan la locura, al igual que al canto de la sirena, como el peor de los males, cosa que no podría estar más equivocada. La locura sin un punto medio, que te mata o te enamora. La locura que se siente diferente, que nos atrae con su belleza y su voz, tal como una sirena. La locura que nos llama, y nosotros que nos acercamos, hasta que ya es demasiado tarde y nos encontramos en el agua. La locura que nos ahoga, que nos carcome la cabeza, que nos llena de temor, la locura que no mata, y sin embargo no deja vivir. Pero peor que la locura, es la ausencia de ella.

Capítulo 11

Tarot

Tenía el cabello recogido en un rodete desordenado detrás de la cabeza, los rulos le caían por la frente. Sonreía.

Le encantaba su sonrisa, capaz era lo que más le gustaba de ella.

-Los enamorados- dijo, mientras seguía barajando las cartas.

Ella no la escuchaba, no podía. Era su tercera lectura de la semana. Saltó otra carta del mazo, la rueda de la fortuna. Se le ensanchó la sonrisa y siguió explicando.

-Los vaivenes de la vida, puede ser un giro inesperado, pero tenés que tener cuidado, porque gira para los dos lados- se concentraba en sus ojos, en los pliegues que se formaban cuando pronunciaba la "A", en las curvas en las mejillas cada vez que sonreía. La bruja siguió barajando el tarot.

Los ojos se le desviaban, de la mirada a los labios, y de los labios al cuello, y aterrizaban en su pecho; recorriendo las curvas de su escote, imaginando su sabor.

La tercera carta saltó, el emperador. La bruja se secó el sudor de la cara, hacía calor, ella podía ver las gotas caer y recorrer su silueta.

-L'Empereur- se le ensanchó la sonrisa, tenía los dientes blancos, simétricos, como una muñeca-. Representa el control, Poder mundano, capacidad, confianza, riqueza, estabilidad, autoridad, espíritu indomable, fuerza. No es de mis favoritas, pero es una buena lectura- siguió mezclando las cartas y la última salió disparada, pero ya no las miraba, la veía a ella, la veía apasionarse y emocionarse, leer e interpretar y sonreír, sobre todo le gustaba verla sonreír.

Se imaginaba besándola, agarrándola de la cintura, tomándole la cara con las manos, se imaginaba sus labios suaves y húmedos, como un vaso de agua en el desierto.

- ¿Qué será eso que te preocupa tanto para venir tres veces en una semana? - No respondió, pero ella no dejó de sonreír-Se acerca un cambio- dijo mirando la carta-un resurgimiento. Me parece que tenés que hacer eso que tenés miedo de hacer. Dejarte llevar, no reprimirte.

Había dejado de escucharla.

La besó.

Y tenía los labios suaves, y húmedos, y tibios. Ella sonrió en medio del beso. La miró a los ojos y le agarró la cintura; le tomó la cara con las manos y la volvió a besar, se dejó llevar, como decían las cartas, las manos le acariciaron el cuello.

Cerró los ojos y la bruja le apretó las muñecas con las manos, le clavó las uñas y ella le mordió el labio. La bruja le puso una mano en el pecho, empujó y de la nada, se detuvo. Abrió los ojos, ya no sonreía.

Miró al suelo donde descansaba dada vuelta la última carta, su carta. La levantó y miró a la bruja, le dejó la carta entre las manos.

Al final, el tarot nunca se equivocaba, era la tercera vez que le salía la muerte.

Capítulo 12

Viaje a ninguna parte

Se había hecho de noche, las estrellas se veían como puntitos de colores en el cielo negro y la luna como una pelota brillante, como llena de esperanza.

-¿Querés un Tic-Tac?-le preguntó la que manejaba, y movió la cajita transparente con caramelos naranjas haciendo ruido, la otra no respondió, tenía la mirada perdida en la ventana- ¿Abril?- la chica se volvió con los ojos cansados, unos ojos grandes y verdes, preciosos, pensó. Sus ojos siempre le habían parecido ventanas a un corazón inocente.

-¿A dónde vamos?- tenía la voz suave, dulce, agotada, como si hubiera estado gritando por horas, como si hubiera salido de ver un partido de fútbol.

-A Merlo- tenía la mirada fija en las luces rojas del camión de enfrente y las manos apretadas en el manubrio, había hecho ese camino más de cien veces a lo largo de su vida, y ese le parecía el más largo de todos.

Hace frío y me duelen los pies, y estoy cansada, y tengo sueño, y quiero hablar con mi mamá. ¿A dónde habíamos ido?

-Esta mañana me peleé con mi mamá-Caro está rara, siempre fue rara, pero ahora está como muy rara. Mira al frente y casi no parpadea, y no sonrío, y no me está tratando de psicoanalizar, no responde-¿Estás bien?- dice que sí con la cabeza, pero la noto distinta, no sé, es rara- es muy de noche, me van a retar mis papás por volver tan tarde.

-¿Cómo te van a retar tus papás?- la última palabra la dijo por la mitad, como si se le perdieran las letras en la oscuridad- si saben que estás conmigo- tragó saliva- si soy tu madrina.

-Caro, hace catorce años nací y hace siete que me acuerdo de vos. Y nunca te vi tan callada- Ella se ríe, pero se parecen a las risas que pasan en la tele.

-Diecisiete-dijo, y no entendí. Sentí algo raro.- Hace diecisiete años naciste-está todo muy oscuro, la luna muy chiquita. El corazón me latía más rápido.

Le cambió la cara. Se le cortó la respiración un segundo.

-¿Abi?- tenía los ojos cerrados y se había tapado los oídos-¿Estás bien?- le tocó un hombro, la miró con brusquedad y le golpeó la mano.

-Quiero hablar con mi mamá- miró al asiento de atrás, entre las bolsas de cartón.

-Tenés razón, tenés catorce, si sos del 2004, me re confundí – Abril la miró y volvió a mirar adelante, con las manos entrelazadas al frente, completamente relajada.

-Ves- se quedan en silencio un rato, pensativas, mirando al frente, a los puntos rojos de los autos de enfrente.

-¿Te acordás cuando jugábamos de chiquita? Y me hacías dibujar árboles.

-¿Árboles?- apretó el volante y tensó la mandíbula.

-Sí, árboles, casas, personas, flores ¿te acordás?

-Dibujabas lindo- sonreía solo con la boca. Pasó un auto al lado, iluminó el precipicio al costado de la ruta.

-¿Cuánto falta?

-Un poco, dormite si querés.

Estaba cansada, quería dormir, algo no me gustaba. Capaz tenía hambre, Caro nunca tenía nada para comer en el auto.

-¿Sabés qué quiero hacer? Jugar al juego de las manchas, el que jugábamos cuando era chica.

-No me acuerdo- pasó un camión en doble línea amarilla, me molestó.

-Ese, en el que había una mancha y había que adivinar qué era, lo jugamos una vez en tu casa. Iba a tu casa todos los miércoles a las cuatro y media.

-Qué memoria- se limitó a decir- ya lo voy a buscar al juego

Apoyé la cabeza en el vidrio frío, miré los árboles pasar hasta que se me cerraron los ojos, me despertó el sonido del celular. Caro atendió en seguida.

-¿Hola?-seguí con la cabeza en el vidrio, ya no veía árboles, veía luces, chiquitas, lejos, abajo-sí, falta poco, todo bien, pero estoy manejando- no

se parecía a Merlo.

Se levantó de golpe y la cabeza le tocó el techo del auto.

-¿A dónde vamos?- el aire del auto está caluroso, tenso, silencioso. Sospechoso.

-A Merlo, pero la ruta estaba cortada y tuve que entrar por arriba.

-Mentira.

-En serio, Abi ¿Para qué te voy a mentir? Falta un rato todavía, dormite.

-Quiero hablar con mi mamá.

-No hay señal acá.

-Acabás de hablar por teléfono.

-Pero ahora se cortó, Abi, ya llegamos, esperá un poquito- le temblaban las manos.

Me siento mareada, las luces se hacen cada vez grandes y se juntan para formar líneas, me siento oscura, hay luz pero está oscuro, tengo miedo.

-Quiero hablar con mi mamá.

-Ahora no se puede- la aguja del medidor de velocidad sube de nivel- no tenemos señal todavía.

-Caro, quiero hablar con mi mamá, ahora- sentía una cajita alrededor del pecho, como si los pulmones no se me pudieran expandir por completo. Cada vez que un auto pasaba cerca las luces me enceguecían, y el corazón me latía cada vez más rápido.

-Ahora no puedo parar, en un ratito la llamamos.

-Quiero hablar con ella ya mismo- agarré la cartera y saqué el teléfono con funda rosada, tenía contraseña. Me lo sacó de las manos y el auto se movió de un lado al otro.

-Te dije que enseguida- la primera lágrima apareció en el ojo izquierdo; la segunda y la tercera también, y la cuarta recién salió del derecho. Lloró sin interrupción por cinco minutos.

-Vos no sos mi madrina- apretó el volante y tensó los hombros, respiraba

profundo.

-¿Cómo no? Te conozco desde que eras chiquita y hacías dibujitos.

-Dejame hablar con mi mamá.

-Me dibujaste una casa, un árbol, una nena con un paraguas, los tengo todos colgados en casa.

-Me querés secuestrar.

-Hacíamos pilas con juguetes y las tirábamos con bolitas ¿Te acordás?

-Quiero hablar con mi mamá- gritó.

-Y te mostraba manchas- la miró con las cejas juntas- vos me decías qué veías.

-Sí, me acuerdo- volvió a sentarse mirando al frente- Caro quiero hablar con mi mamá- Sacó el teléfono y puso la contraseña.

-Tomá, llamá, pero no creo que haya señal- miró arriba y después al frente- Marcó el número y llamó, pero no sonó-¿Ves? Apenas haya señal la llamamos ¿Querés?

-Bueno- se quedó callada unos minutos-igual no sé para qué la llamo, no debe ni querer hablar conmigo-Sabía que era más prudente quedarse callada, pero no lo hizo.

-¿Por?

-Hoy nos peleamos, te dije más temprano- repitió el monosílabo, y se arrepintió enseguida- se enojó, me olvidé de lavar los platos y me dijo que era una desagradecida, nos peleamos un rato y después me dijo "eso".

-Lo habrá dicho sin querer, a lo mejor para ella no significa lo mismo que para vos- se quedó en silencio un minuto, con los ojos fijos al frente, respirando profundo- ¿Pasa algo?

-Tuve un Deja Vu, hacía mucho no me pasaba- volvió a cruzar las manos al frente- ya le explicamos ¿Te acordás? Vos estabas.

Pensé en la primera vez que me lo había dicho, en total habían sido cuatro.

Algo tan simplón, que me había marcado toda la vida.

"No te quiero"

Con la misma voz que me cantaba el arrorró de noche.

La primera vez, me había escondido debajo del pino. Un pino enano, rectangular, como una mesa, que no se podía decorar para navidad. Había perseguido a la gata hasta ahí, y nos habíamos escondido juntas.

Y ella me había buscado por tres horas, gritando, desesperada.

-Vivíamos en el campo ¿Te acordás?- tenía cuatro años.

-Acá estoy- había dicho, y recibió el primer golpe en su vida, la primera puteada, el primer llanto, pero eran cosas demasiado complejas para su cerebro aún a medio desarrollar- perdón mamá, te quiero.

-Cuando te portás así de mal, yo no te quiero.

Y así, tan simple y con un acto tan banal, había empezado todo.

Después empezaron los miedos, las arañas que la perseguían, y después ella perseguía a las arañas.

-Después de mi cumpleaños, en tu casa, le dijimos- Caro ya no estaba colorada-que esas palabras me dolían- había perdido todo color del rostro.

La segunda vez había sido en mi cumpleaños, tenía ocho. Recién cumplidos, obviamente.

El ruido del pelotero me ponía nerviosa.

Me pareció que de adentro iba a salir algo.

Así que lo pinché con un cuchillo.

-Perdón, te quiero.

-Yo así no, no te quiero.

Las tormentas empiezan siempre con una gota de lluvia.

Todo empieza siempre en alguna parte.

La tercera vez estaba triste.

-No había entregado el trabajo de historia, era la última chance para no llevarme la materia- no entendía exactamente de qué hablaba, pero la

dejó seguir- perdí el colectivo, me tuvo que venir a buscar hasta casa- apretó las manos en el volante- y en la escuela me peleé, y tuve una crisis. Les pedí que no la llamaran porque ya estaba enojada, pero dijeron que estaba muy alterada.

-¿Cuándo?

-Hoy- se quedó callada un rato- tengo ganas de fumar- le pasó la cajita de cigarrillos y el encendedor, sacó uno y se lo llevó a los labios. Se asustó cuando vio la llama salir del encendedor, y se tranquilizó cuando sintió el humo bajarle por la garganta.

-¿Y te fue a buscar?- Sabía que no tenía que preguntar, sabía que era un terreno peligroso, pero igual se adentró.

-Sí, no les iba a decir que no. Estaba enojada, en el auto se enojó todavía más.

-¿Por?

-Le conté que primero pedí que te llamaran a vos. Se ofendió por eso- se volvió a llevar el cigarrillo a los labios, bajó un poco el vidrio y le dio unos golpecitos para tirar la ceniza- creo que piensa que te quiero más que a ella. Llegamos y se enojó porque no había lavado los platos, no los lavé porque se me iba el colectivo, y al final se me fue, pero igual le pedí perdón. Pensé un rato y yo también me hubiera sentido mal si hubieran llamado a otro primero en una crisis, así que le pedí perdón. Le dije que la quería.

-Yo no, y ella tampoco; me dijo.

Ahí no lloré más. No pude, solo estaba enojada. Me dijo que hiciera la comida, preparé milanesas. Tenemos un mortero en casa, que le regalaron a mi mamá por su cumpleaños, lo usé para triturar las pastillas, no las pensaba tomar más, que las tomaran ellos.

Almorzamos con vino, yo no tomé porque no puedo mezclar pastillas con alcohol, pero ellos sí. Como si estuvieran celebrando algo. Igual el polvo ya estaba adentro de la botella.

-Se la tomaron toda.

-¿Qué cosa?

-Se atontaron enseguida. Y ahí la enfrenté.

Ya no estaba segura de querer escuchar, pero necesitaba saber la historia,

así que no la detuvo.

-¿Por qué no me querés, mamá?- no me respondió.

-Si te queremos- dijo mi papá, pero le veía la lástima en los ojos. Nunca había podido mentir bien, capaz por eso todavía era fiel.

-Yo no. No te quiero- acotó después de un rato-y no tengo por qué darte explicaciones- esa fue la cuarta vez, la última. Ni siquiera me dolió.

-Caro me quiere. No como dijiste hace rato- se rio con fuerza, como se ríen las personas drogadas.

-Caro tiene miedo de que te mates. Se llama culpa- eso sí dolió. Dolió porque tenía sentido.

Miraba fijamente adelante, las dos lo hacían. El cigarrillo se había acabado.

-¿Y qué hiciste?- pero le parecía saber la respuesta.

-Me fui, y te llamé. No contestaste.

-Estaba ocupada.

-Lo supuse.

-¿Y después?

-¿Me querés?- tragó con fuerza.

-Claro que te quiero- la miró- si soy tu madrina- todavía tenía puesta su campera de egresados.

-Después se durmieron, ahí en el sillón. Nunca duermen siesta, debió ser el clonazepam. Y yo levanté la mesa, toda, menos los cuchillos.

Veía las luces diminutas, debajo de las sierras.

-No hace falta que me cuentes más.

-¿A dónde vamos?

-A Merlo.

-No me mientas más- Se quedó en silencio- Empecé a escuchar una voz.

Tu voz- hizo una pausa- a mi papá se lo clavé en la garganta.

-Abril no quiero saber más.

-Dos veces, porque estaba mal afilado, nunca se despertó, pero sangró mucho.

-Abi, basta.

-A mi mamá se lo clavé en la panza, para que se despertara, como me habías dicho vos, tu voz. Pegó un grito y se lo clavé en el pecho, no se movió más, se me quedó mirando. Vos me decías que siguiera pero paré un ratito para mirarle los ojos- yo tampoco te quiero- y se lo clavé en la frente, se escuchó un "crack" y me dejó de mirar, aunque sus ojos todavía apuntaban a los míos. Y así, en un milisegundo, se fue.

Paró el auto.

-¿Por qué, Abi? Te arruinaste la vida- le temblaban las manos, tenía los ojos llorosos.

-Y después me llamaste. Y después estaba acá. ¿A dónde vamos, Caro?- volvió a poner en marcha el auto.

-A la clínica.

-¿No llamaste a la policía?

-No, los voy a llamar cuando estés internada.

-¿No sos mi madrina, no?

-No, soy tu psicóloga.

-No quiero que me internes, Caro.

-Estás mal Abi, cuando llegué me atacaste, te tuve que inyectar el clonazepam que tenían tus papás para emergencias.

-Pará el auto, decí que te atacé y me escapé.

-No, Abi.

-No te quiero lastimar.

-No lo hagas. Vamos a ir pacíficamente a la clínica y te vas a internar voluntariamente. Vas a decir que atacaste a tus papás, pero no que los

mataste, y yo te voy a ir a visitar cada vez que viaje a Córdoba.

La miraba a los ojos, casi parecía sincera, casi parecía que sí la quería. Se pasó la doble línea amarilla y se escucho un bocinazo.

Abril se tapó los oídos y cerró los ojos, pero ya era tarde, empezó a gritar, se sacó el cinturón y pateó a los costados, la miró a ella, pero ya no era ella, la golpeó. El auto se movió bruscamente y chocó contra la barandilla de metal.

La bolsa de aire le golpeó la cara, se bajó del auto y corrió al precipicio, no sabía si con la intención de saltar. Caro corrió detrás suyo.

Le agarró el brazo y ella la volvió a golpear, esta vez con más fuerza, traía una jeringa en la mano. La pateó y la jeringa cayó por el borde. Estaba de espaldas a una caída mortal, la volvió a patear y tropezó con la barandilla.

-Abi, basta-La pateó una vez más y cayó, le agarró la mano. Ahora su vida dependía de que no la soltara-subime- la miró a los ojos- te dejo irte, me pego la vuelta, te doy mi teléfono para que veas que no voy a llamar a nadie- se sacó el teléfono del bolsillo con la mano libre y lo tiró.

-¿Me querés?-Se quedó callada un rato, y finalmente asintió.

-Sí, pero sos difícil de querer.

La agarró con las dos manos y la subió unos centímetros, lo suficiente para que se agarrara del borde de la barandilla.

-Sos un ancla en un barco que se está hundiendo-No entendió a qué se refería Ahora tu vida depende pura y exclusivamente de vos- Se alejó. Caro empezó a subir por la barandilla, tratando de no pensar en lo mucho que le transpiraban las manos. Ya había subido medio cuerpo cuando la vio caer.

Como cae un ancla hasta en fondo del mar.

Capítulo 13

Ilícito

Adquirí el hábito de fumar marihuana a los diecisiete, escribiendo un cuento. A partir de ahí, no pude escribir si no fumaba, aunque sea un poco, antes. Mis mejores obras, todas hechas por una persona drogada.

Y es que el porro me potenciaba en todos los sentidos, empecé a fumar antes de los exámenes y antes de educación física, para aumentar el rendimiento. Lo de los exámenes no funcionó, es imposible concentrarse estando drogado.

Las personas seríamos mucho más felices si fumáramos marihuana.

A ella la conocí en el cementerio. Una mujer alta y rubia, vestida formal, llorando al lado de una muerta que se llamaba Alejandra. Mucho mayor que yo.

Yo iba para asustarme, para drogarme y vivir una experiencia de terror. Y después escribirla, obviamente.

No me gusta compartir, desde chiquita tengo problemas con eso. Ni siquiera le compartía comida a los nenes del jardín que se olvidaban el desayuno. Pero a ella le ofrecí el porro, me pareció que lo necesitaba; además supuse que iba a decir que no.

Pero dijo que sí, y se lo llevó a los labios, y le vi la cara iluminada cuando prendió el encendedor, no la conocía, pero me parecía conocerla de toda la vida

Lo fumamos todo, ahí en el cementerio, al lado de la tumba de su hermana. Le pregunté si no le parecía una falta de respeto, dijo que a ella no le iba a molestar.

Caminamos un rato, vimos que los nichos tenían respiraderos. Eso nos causó mucha gracia. Después la perdí.

El cementerio se convirtió en un laberinto, me parecía que aparecían cabezas por todos lados, tenía los oídos tapados, no escuchaba nada. No la veía.

Paseé por los nichos, con cuidado de no hacer ruido, yendo rápido para que nadie me agarrara, pero lento para no caerme. Sentía que iba a aparecer en cualquier lado. Escuché los grillos, después las cigarras.

Pensé que cuando la viera le iba a preguntar quién era. Conocerla me parecía un desafío encantador.

Sentí que paseé por una hora, efectivamente tenía miedo, era de noche. Estaba oscuro, estaba sola y drogada. No podía dejar de pensar en ella.

Sabía donde estaba la salida, pero era un pueblo chico, y afuera había gente que me podía reconocer.

La encontré a donde la había conocido, en la tumba de su hermana.

Alejandra se había muerto en el 2015, tenía una tumba de mármol negro que decía "cuando nos volvamos a encontrar, Marga" Le pregunté quién era Marga y me dio la mano. Margarita, dijo, y me olvidé de todo lo que estaba pensando.

Lloraba, como una nena. Y le ofrecí una de las pastillitas de la bolsa ziplock que tenía en la mochila. No preguntó, la tragó directamente.

Yo también tomé una. El PCP no me gustaba tanto como el porro, pero tenía que escribir un buen cuento. Me senté al lado de Margarita.

Me contó que ella iba en el auto cuando chocaron y Alejandra falleció, me contó que no se acordaba de nada, que en el hospital nadie le había dado pelota, y que había pensado que Alejandra seguía viva por una semana, hasta que se le ocurrió venir al cementerio.

Le pregunté cómo sabía que era la tumba de Alejandra, si no tenía nombre ni fecha. Se enojó, dijo que de quién más iba a ser, si ella siempre le decía "cuando nos volvamos a ver esto, cuando nos volvamos a ver aquello."

Yo no tenía hermanos, pero me pareció que debía ser un dolor insoportable perder uno. Se me ocurrió que era raro que en el cementerio no hubiera espejos, a lo mejor era para que la gente no se asustara.

El PCP no hacía efecto, así que me tiré en el pasto. Le pregunté cuántos años tenía Alejandra cuando falleció, dijo que veintitrés. El mármol estaba tan limpio que la podía ver reflejada en él, veía su silueta, y veía como las lágrimas le acariciaban la nariz.

Me contó que Alejandra era escritora, como yo. Se reía.

Me acerqué al mármol, no me veía en el reflejo. Me asusté, hasta que razoné que era por el PCP.

Le dije que ya tenía mi idea para un cuento. Me pidió que se la contara.

Le conté que yo iba a conocer a una mujer en el cementerio, en la tumba de su hermana y que al final iba a descubrir que en realidad ella estaba muerta, en vez de su hermana.

Entonces la miré, y ella me miró a mí. Le pregunté si había visto cómo enterraban a su hermana, me dijo que no, que la habían dejado en un coma inducido por varias semanas, y que cuando se despertó nadie le quería hablar.

Estaba muerta, era la única respuesta razonable. Se lo intenté explicar, ella me miraba con lástima. Le pregunté que por qué me miraba así y me abrazó.

No entendí nada, hasta que me soltó y me mostró la tumba de al lado, también era de mármol, pero esa decía "cuando nos volvamos a encontrar, Ale".

Capítulo 14

Nicotina

Siempre estuve en contra de la marihuana, no me importaba que Cerati se fumara un porro todos los días, mientras que no fuera yo, o mi hermano, o mis amigos, o alguien que me importa.

La marihuana deteriora la memoria, altera la forma en que el hipocampo, un área del cerebro responsable de la formación de recuerdos, procesar la información, etcétera. Pero te hace reírte, así que es fácil olvidarte de todo lo anterior, por eso yo siempre me ocupé de recordárselo.

Toda la vida le tuve pánico a las adicciones.

Cambié de opinión después de probar el pucho. Yo insistí, porque sabía que no me iba a gustar y me iba a sacar la idea de fumar de la cabeza. Pero me gustó, y me hice adicta.

La marihuana la probé después de la internación psiquiátrica, ya tomaba tantas drogas legales, y había sobrevivido a tantos intentos de suicidio; Me merecía probarla.

Probé el porro, porque ya me parecía lo mismo que un cigarrillo, yo podía controlar una adicción. En realidad, no podía. Y me hice adicta a eso también.

Después entendí que yo era demasiado propensa a las adicciones, no como creía. Entendí que, en realidad, había sido una adicta desde chica. Era adicta a la tele, a la comida, pero sobre todo a las personas.

Las personas son las adicciones más peligrosas.

Son adicciones porque directa o indirectamente, atacan al sistema de recompensas del cerebro, inundando el circuito con dopamina. La dopamina es un neurotransmisor que se encuentra en las regiones del cerebro que regulan el movimiento, la emoción, la motivación y los sentimientos de placer.

Hay personas que son puchos, una adicción de mierda. No te genera nada, solo te acelera el corazón y te saca oxígeno del cerebro. Hacerte adicto al pucho es aburrido, porque fumarlo no sólo hace mal, de hacerte reír y eso, no te hace una bosta. Pero si lo dejas de fumar, sentís que te morís, sentís como si te faltara el aire, te falta ese veneno bendito. Y ese primer pucho después de la abstinencia, ese es el único que vale la pena

fumar. Claro que después de ese, todos lo son.

Ella era un pucho, una adicción que me hacía mal, que me mataba de a pedazos, que me sacaba el aire.

No podía dejar de consumirla. Era nicotina.

Hay personas que son porros, que hacen mal pero poco, y que te hacen pasarla bomba. Personas con las que el tiempo se detiene, y solo existen ellas. Que te hacen reírte de la nada y te dilatan las pupilas.

Y hay porros que se mezclan con tabaco.

Y me parece que a ella la podemos definir como uno de esos, un porro con tabaco, que me fumaba después de meses de abstinencia del pucho.

Ella era la que hacía que me latiera rápido el corazón y me temblaran las piernas. Mi nicotina.

La mayoría de la gente cree que fumar tiene un efecto relajante en el sistema nervioso, pero en realidad lo estimula, produce adrenalina, acelera las palpitaciones. Pero como cuando fumás no te entra aire a los pulmones, sino que humo, y, por ende, no llega oxígeno al cerebro, causa un leve mareo que resulta satisfactoriamente relajante.

Ella también tenía ese efecto en mí, me relajaba psicológicamente y me alteraba físicamente, era como una bomba para mi sistema nervioso. Sentía mini ataques cardíacos cuando la veía.

Y era sumamente adictiva, tanto que hubiera hecho lo que fuera por verla, aunque sea quince minutos.

Mi parte favorita del cigarrillo es el final, cuando empezás a sentir el calor de la brasa en los dedos, cuando sabés que se te está por acabar ese veneno que te mata de a poco, y fumás, disfrutando más, porque es la última seca.

Mi parte favorita de ella era verla mirar el atardecer, eso la hacía absurdamente feliz. Verla con la luz anaranjada del sol en la frente, con ese brillo en los ojos. Con la emoción de una nena.

Era alta y esbelta, como un cigarrillo. Y era cálida, ridículamente cálida con todo el mundo. Hasta con quien no debía.

Los cigarrillos dan sensación de calor, dura unos minutos, después el frío vuelve con más fuerza. Pero ella era como esos minutos de calor en invierno, ese oasis en el desierto.

Era tan dañina, pero la necesitaba tanto.

El fumar daña casi cada órgano del cuerpo y sistema de órganos del cuerpo y disminuye la salud general de la persona. Fumar causa cánceres de pulmón, de esófago, de laringe, boca, garganta, entre otros.

El humo del tabaco contiene más de 7000 químicos, de los cuales se sabe que al menos 70 causan cáncer.

Fumar también puede causar problemas con las erecciones debido a la disminución del flujo sanguíneo al pene. Tendrían que poner eso en las etiquetas.

Y aun sabiendo todo eso 1 337 000 millones de personas en el mundo fuman. Y alrededor de 8 millones mueren por eso.

Yo misma voy a prender un cigarrillo cuando termine de escribir este cuento, porque así somos los adictos, nos creemos la excepción. Creemos que no somos parte de ese porcentaje de fumadores que se muere.

Y ella, ella algún día me iba a terminar matando. Como me va a matar el pucho. Poco me importa.

Supongo que así funciona el amor, al menos el amor por sustancias tóxicas. Uno se queda a pesar de saber que se va a morir, morir de amor, morir por amor.

Eso hice, me quedé. Mientras me debilitaba los pulmones. Mientras me

mataba.

Y no voy a mentir, lo disfruté, igual que disfruto fumar. Disfruté cada segundo de placer y padecí todos esos segundos de agonía.

Y todo lo valió.

Incluso cuando morí.

Vivir sin ella era como nacer sin respirar.

Me morí tosiendo, con la voz ronca, con dos tubitos en la nariz y un tanquecito de oxígeno al lado. Con un pucho entre los dedos de una mano, y la suya en

Capítulo 15

Textos de amor a la nicotina

Supe que me iba a romper el corazón el día que lo conocí, pero siempre fui una chica testaruda, que se creyó capaz de todo, de solucionar cada problema, de arreglar a cada persona... Adelantando el final, no lo logré.

Que cliché suena decir: el amor es ciego, pero lo es. Y ojo, no estoy diciendo que yo no haya tenido nada de culpa, al final fue por mí que me terminaron destrozando, pero al fin y al cabo yo decidí cegarme de ese final inminente que todos sabíamos que iba a suceder.

Me acuerdo de mi primer cigarrillo, muchos de mis cuentos hablan de los cigarrillos, porque con ellos tengo una relación casi tan complicada como con la familia, como con el amor.

A lo mejor soy imposible de querer.

El poco tiempo que llevo sobre este mundo me ha llevado a creer eso.

Al final, ni siquiera he podido quererme yo misma.

¿Qué persona que se quiere se mete al cuerpo algo que la va a terminar matando? Algo tan sutilmente letal como un cigarrillo.

¿Qué persona que se quiere se mete con alguien que le va a romper el corazón? Y lo hace conscientemente.

Una loca.

Ese es un adjetivo que me han dicho muchas veces en la vida, en cada forma y en cada sentido en que puede ser utilizada la palabra.

Tengo un corazón chiquito, arruinado por el pucho y el alcohol. Y ahora roto por el amor también.

Se puede morir de un corazón roto, los tendones dentro del músculo son tan frágiles que la tristeza extrema puede hacer que se corten y te mueras. No es mi caso, no creo que me vaya a morir por amor, al menos espero que no.

Cada beso que le daba era como dar una calada a un cigarrillo, te da un ratito de paz y calor... pero a qué costo.

En fin, él es mi nicotina, era, ya no lo es más.

A veces digo que soy masoquista para justificar todas las veces que me lastimo.

Él fue una quemadura muy grave.

Antes me solía quemar con un cigarrillo, en el brazo izquierdo, hay puntitos rojos por todos lados. Quisiera decir que me gustaba, que en el sexo me gustaban los golpes y le pedía que me ahorque, pero la verdad es que no.

Simplemente era violencia justificada contra un cuerpo que no se la merecía.

En el sexo era bueno, podría decir que me quedé por eso, pero sería mentira. Me gustaba que me levantara y me tirara a la cama, como si no pesara lo que peso, que me sacara la ropa porque de verdad tenía ganas de verme el cuerpo. Amaba como me miraba con admiración mientras le saltaba encima, era simplemente perfecto.

Y tan rápido como me hice adicta a los cigarrillos, sin darme cuenta, me terminé enamorando.

Me enamoré de escucharlo filosofar en el balcón, me enamoré de su cerebro, me enamoré de que me cuidara como nunca me cuidó nadie.

Que peligroso es el amor.

Duele peor que las quemaduras con cigarrillos y las cortadas con cuchillos filosos.

Cómo me gustaría decir que no estoy llorando. Me gustaría decir que no me dolió que no me pidiera que me quede. Me gustaría decir que no miré atrás esperando que viniera a buscarme. Pero lo hice.

Como duele el amor, incluso el amor sano. Como me dolió que me negaras ese último beso.

Y como va a doler, cuando cada vez que fume me acuerde de ese cigarrillo que prendí en el balcón, cuando tuve que decirle que me iba, y los otros dos que me fumé en el camino a casa.

Como doliste.

Como dolés.

Como me duele no poder llamarte y pedirte que vuelvas con la misma facilidad con la que puedo prenderme un cigarrillo.

Que fea es la abstinencia de personas.

Pero como dije, cuando lo conocí supe que me iba a romper el corazón. El sexto sentido nunca falla, no falló esta vez.

Supongo que es lo que pasa, cuando uno se enamora de la nicotina.